

devorado por los cinifes, colgado sobre el mundo, suspendido entre el cielo y la tierra; solo, en medio de la humanidad; muerto para todos, cuando todos vivían para él y le dejaban oír sus ecos de júbilo y alegría, la música inefable de la libertad!... —¿Qué mayor tormento? ¿Qué prision mas espantosa?

Y cuenta que la estancia ocupada por el autor de *Francesca da Rimini*, situada en el extremo Norte del palacio ducal, era la mas cómoda y ventilada de todas!

Volvimos á bajar.

En medio de la escalera habia una puertecilla, que daba á una galería oscura, en la cual penetramos.

El carcelero se detuvo delante de dos puertas iguales y abrió una.

—Vamos á cruzar, exclamó, el famoso *Puente de los Suspiros*.

El *Puente de los Suspiros* es un doble pasadizo cerrado, suspendido á una grande altura sobre el canal de la *Paglia*, y que pone en comunicacion al *Palacio Ducal* con el *Palacio de las Prisiones*.

Este *Palacio de las Prisiones*, construido á fines del siglo XVI, es una cárcel como cualquiera otra, notable solamente por su artistica fachada.

De las dos galerías que comprende el *Puente de los Suspiros*, la una daba entrada en la cárcel á los *presos ordinarios*. Por la otra comparecian ante los inquisidores los *prisioneros de Estado*.

Cada una de aquellas galerías cubiertas tiene dos ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del tribunal al suplicio ó venían de la prision al tribunal, veían por un instante la laguna, la ciudad, las góndolas, el cielo...

Dicese que entonces suspiraban, y que de aquí viene el nombre de *Puente de los Suspiros*.

Otros creen que esta denominacion procede de los gemidos que iban dando los reos al pasar por allí despues de haber sufrido el tormento en el *Palacio Ducal*.

Yo consulté sobre esto al conserje.

El conserje se puso hecho una furia cuando me oyó hablar de tormento.

—¡Aquí no se atormentaba á nadie! exclamó con voz de trueno. Eso lo han inventado los poetas. Es decir: aquí no se daba tormento sino á los convictos y á los no confesos... Ya ve usted que ellos tenían la culpa. ¿Por qué no confesaban? Además que todos esos rigores eran para los reos políticos... Pero los reos ordinarios vivían perfectamente en el Palacio de las Prisiones. En cuanto al nombre de *Puente de los Suspiros*, no lo inventó el pueblo, como dicen los poetas: lo inventamos nosotros, los de casa, al ver que los prisioneros suspiraban por su perdida libertad siempre que pasaban cerca de estas claraboyas. Y la prueba de que no suspiraban porque les dolieran los huesos de resultas del tormento, es que el tormento se daba despues de haber pasado este puente. Desengañese usted. Los poetas no han contado mas que fábulas.

Yo me asomé á una de aquellas claraboyas, y suspiré tambien á pesar mio,

al respirar un aire mas puro que el de las mazmorras y escaleras que acababa de recorrer, y al contemplar la luz y el cielo, la radiante laguna y la alborozada humanidad, que pasaba cantando por debajo de aquel altísimo puente, tan gracioso y artistico visto desde fuera, como horrible y pavoroso visto por dentro.

—Ahora vamos á los *Pozos*, dijo el carcelero, sacándome de mi contemplacion.

Yo me estremecí.

¡Cuántas veces habria pronunciado aquel hombre las mismas palabras, dirigiéndose á infelices condenados, que no debían volver á ver la luz del día!

En esto, el extraño personaje habia encendido una lámpara de aceite, fija en una punta de cierto baston negro, cuya vejez causaba verdadero espanto.

—¡Esto es de aquellos tiempos! murmuró el conserje con bárbara complacencia.

Y me miró y sonrió con ferocidad, dejándome ver la caverna de su boca desdentada.

Entre tanto habia abierto otra puerta y me invitaba á bajar detrás de él una escalerilla húmeda y tenebrosa, en cuya bóveda, cubierta de telarañas, se reflejaba lúgubramente el rojizo fulgor de la pestilente lámpara.

Yo me detuve un momento, no precisamente porque me dominara un terror moral, sino porque aquel camino era repugnante, incómodo, desaseado.

El carcelero, que habia bajado algunos escalones, volvió la cabeza al reparar en que no le seguía.

¡Oh, cómo le vi entonces!—Yo no olvidaré jamás aquella horrible, patibularia figura!—Yo no habia visto nunca nada tan dramático, tan medroso, tan sangriento como aquel anciano medio esclarecido por la torva luz del humeante mechero, medio sepultado en la tenebrosa espiral de la escalera, tan estrañamente vestido; con aquella barba blanca, con aquel gorro negro, con aquella especie de hopa, con aquellos ojos, con aquella risa...

—Vamos adelante... No tengais miedo, dijo atizando la lámpara.

Yo le seguí, creyendo que iba á conducirme á no sé qué infierno de no sé qué mitología.

Y bajamos, bajamos...—El aire era cada vez mas húmedo y mefítico. La lámpara, levantada en alto, alumbraba el techo, pero no los peldaños de la escalera.—El viejo, que conocía el tientto, bajaba mas deprisa. Yo iba tentando con pies y manos y me quedaba á veces atrás, solo, en medio de las tinieblas.—Entonces se paraba el carcelero, y alargaba hácia mí el baston, en cuya punta ardía la turbia luz, falta ya de aceite y próxima á espirar...

La idea de que iba á apagarse, me hacia apresurar el paso.

Los muros que tocaba con la mano, estaban frios... á veces chorreaban agua.

Los escalones, mojados y lodosos, se escapaban bajo mis pies.

Al fin hicimos alto en una oscura esplanada, baja de techo y rodeada de puertas chapadas de hierro y de rejas muy angostas.

El conserje abrió una de aquellas puertas.

Al ruido de la llave parecía natural que respondiese dentro del calabozo algún doliente gemido...

Mi imaginación sufrió como si lo oyera.

Sin embargo, en la prisión no había nadie.

—Aquí tiene usted un *pozo*, murmuró el carcelero.

Al mismo tiempo se apagó la lámpara.

El viejo hizo un movimiento, sin duda para acabar de apagar el pábilo, y oí resonar el manajo de llaves que pendía de su cintura.

La oscuridad era completa.

Yo creí por un momento que el carcelero se iba y cerraba la puerta detrás de sí, dejándome preso...

En esto, divisé cerca del techo un agujero redondo por el cual se filtraba un débil resplandor del día.

Algunos instantes después aquella tenue claridad hirió más vivamente mis pupilas y encontré cerca de mí al lúgubre personaje.

—Estamos bajo la laguna, dijo tranquilamente. El nivel de las aguas se halla dos ó tres palmos debajo de aquella reja.

En comprobación de estas palabras, oí sobre mi cabeza sordos golpes de remos.

Luego pasó una sombra por delante de la ventanilla, dejando durante un momento en absoluta oscuridad la fúnebre prisión.

Aquella sombra que había pasado, era una góndola.

Dentro de ella y á la luz del sol, cruzando el aire sin fin de la hermosa libertad, irían el amor, la juventud, la dicha, el orgullo, la esperanza...

¡Oh, qué visión tan dolorosa á los ojos de un prisionero!

El carcelero seguía en tanto con su tético estrivillo.

—Ya ve usted, me decía, que á pesar de estar los *pozos* bajo el nivel del agua, los presos no tenían nada que temer de la humedad. El suelo que pisamos es de madera, y aquí tiene usted otro tablado más alto, que servía de lecho. Todavía falta en él la paja que lo cubría, á fin de que el criminal encontrase la cama blanda. ¿Qué más podía hacer la República con sus enemigos, que conspiraban á todas horas contra ella, que querían su muerte, que atentaban hasta á la vida de los Dux?

Salimos del *Pozo* á la esplanada oscura que antes he descrito.

Yo tenía ya deseos de concluir, de ver el sol, de respirar el aire de la vida.

—Subamos, le dije al conserje.

—Espérese usted, me contestó abriendo otra puerta, que daba á una reducida estancia, á la cual se subía por tres ó cuatro escalones.

Aquella habitación estaba también medio alumbrada por una alta claraboya.

—Aquí se verificaban las ejecuciones, añadió el implacable anciano.

Y me señalaba á una especie de nicho que había en una pared.

—Se metía al reo en ese hueco; se le hacía sentarse de espaldas; se liaba

este cordón de seda alrededor de su cuello; luego se pasaba la punta por esta anilla; el verdugo tiraba... y el hombre quedaba estrangulado... así...

Y el viejo tiró del cordón...

Al mismo tiempo oí un chisporroteo como de sarmientos que ardían... ¡No sé qué triste y crugiente ruido que me erizó los cabellos...



Palacio del Podestà, en Florencia.

—¿Qué es eso que suena? pregunté retrocediendo.

—Venga usted detrás de mí, continuó el conserje, que poseído de un vértigo sanguinario, no atendía ya á mis preguntas.

Y abrió una puerta, y después otra.

Los chasquidos de la lumbré continuaban...

Al abrirse la segunda puerta, una vivísima claridad hirió mis ojos y me dejó ciego.

Un océano de llamas se dilataba ante mi vista.

Era el sol; era el agua; era el día.

Estaba libre. Tenia los pies en el borde mismo de la laguna.

Me hallaba en la puerta del Palacio Ducal que da sobre el canal de la *Paglia*, debajo del *Puente de los Suspiros*.

—Por aquí se sacaba de noche el cuerpo de los ajusticiados, prosiguió el viejo carcelero. Aquí esperaba una góndola con dos esbirros, que arrojaban el cadáver en la laguna, despues de atarle una bala de cañon á los pies, si la causa habia sido secreta, ó lo llevaban á la iglesia de San Juan y San Pablo, donde era sepultado, si la causa habia sido pública y notoria.

Mientras el conserje terminaba asi sus esplicaciones, yo reparaba en una especie de portería, situada entre las dos puertas que habíamos atravesado últimamente, y destinada á cocina por no sé qué irrisión de los tiempos.

Allí freía peseado una vieja centenaria; sin duda la mujer del conserje.

No era otra la causa del ruido que me habia sobresaltado tanto.

Aquella habitacion, que sigue á la del suplicio, habia sido durante muchas generaciones el *Depósito de Ajusticiados*.

—*Buona salute*, me dijo el carcelero, guardándose unas monedas que le alargué.

Y cerró la puerta detrás de mí.

Yo me encontré solo, entre el palacio y el canal, es decir, preso otra vez entre la puerta y el agua.

Dichosamente, allí hay siempre góndolas.

Llamé una; entré en ella y pasé bajo el *Puente de los Suspiros*, cuya belleza arquitectónica escede á toda ponderacion, y al cual ha llamado no recuerdo qué poeta: *un sarcófago colgado sobre el mar*.

Me parecía que acababa de despertar de una horrible pesadilla.

VI.

Iglesias y palacios.—Ticiano.—Cánova.—Dos noches de teatro.—Escursion á las islas.—Adios á Venecia.

Venecia 18 de noviembre.

Llevo quince dias en Venecia.—Durante ellos he visto mas de una vez toda la ciudad, todos sus templos, todos sus palacios, todas sus maravillas de pintura y escultura, los teatros que están abiertos, los paseos, las islas que son como arrabales de la capital, las bibliotecas, los museos, las academias, todo!

Al mismo tiempo me he divertido mucho; he hecho la antigua vida veneciana; he abusado de la góndola; he penetrado en el fondo de las costumbres de este singularísimo pueblo; he plagiado á lord Byron; he visto á la ciudad de San Márcos á la luz de los dos crepúsculos, en las sombras de la noche, despierta y dormida, solo y acompañado.

Hoy hace frio. La laguna está muy alborotada. El tiempo amenaza lluvia... —Decididamente me marchó de Venecia.

Mucho me duele separarme de la ciudad de mis sueños... ¡tal vez para siempre!—Pero ¿qué he de hacer?—Ya estoy solo. Sir Arturo partió hace tres dias para Grecia. El prusiano se marchó tambien anoche. Estoy triste. Mi destino de caminante es amar las cosas y perderlas. Yo no habia de permanecer aquí toda la vida... Partiré, pues.

Para consolarme, pienso en Florencia, en la ciudad de las flores y las artes, donde estaré dentro de cuatro ó seis dias; en Pisa, donde el invierno es tan dulce; en Sienna la monumental, que me abrirá el campo de Roma...—¡Oh! sí... partamos.

Pero no lo haré ciertamente sin ordenar antes mis recuerdos, sin compaginar mis apuntes y daros una idea de las cosas mas notables que he visto estos dias en Venecia.

Empecemos por los templos.

A la caida de la República, esto es, hace sesenta y tantos años, encerraba esta ciudad mas de doscientas iglesias abiertas al culto. Hoy no pasan de sesenta. Las restantes fueron destruidas ó destinadas á usos profanos durante la dominacion de los franceses.—Dicho se está que se respetaron las mas hermosas y que se acumularon en ellas todas las obras de arte que encerraban las demás. Asi es que las iglesias actuales de Venecia, edificadas por arquitectos tan ilustres como *Sansovino*, *Palladio*, *Massari*, *Sammicheli*, etc., llenas de cuadros de *Ticiano*, *Tintoretto*, *Pablo el Veronés*, los dos hermanos *Bellini* (uno de ellos maestro de Ticiano y de Giorgione), los dos *Palmas*, el *Jóven* y el *Viejo*, y otros célebres artistas, y adornadas de bronce y estatuas de *Vittoria*, *Tulio Lombardo*, *Antonio Dentone*, *Leopardi*, *Graviglia* y otros maestros de la misma fama, son verdaderos museos en que las cuatro artes del dibujo compiten en prodigios de belleza.

Como podeis comprender, mi primera visita fue á la *Basilica de San Márcos*, hoy metropolitana de la ciudad.

Ya la hemos visto por fuera, si bien muy ligeramente. Ahora, para acabar de formaros una idea de su magnífica fachada, habreis de imaginar un inmenso retablo medio árabe, medio gótico, en cuyas líneas generales, asi como en la ornamentacion, se ven confundidos el genio místico y sombrío del Norte y la risueña y voluptuosa inspiracion del Oriente. Figuraos una armónica combinacion de la mas austera capilla de la catedral de Toledo y de la mas riente y graciosa estancia de la Alhambra; ved vacilar el arco entre la herradura y la ojiva; considerad reunidas la cúpula y el alminar; encerrad el mosaico bizantino bajo la cimbra aplanada de un arco oriental bordado de arabescos; representaos la severidad gótica, vestida de lujo por los mas ricos y variados mármoles; dadle color á la arquitectura; confundidla con la pintura, como hacen siempre los artistas mahometanos; mezclad el oro, los colores y la piedra, como están mezclados en la *Sala de los Abencerrages* de Granada; pero en vez de producir con esas dos